

MARCOS CARIAS REYES, *La heredad*.—Novela hondureña. (S. f.)

Al voltear la última página de *La heredad*, maquinalmente volví el libro para mirar la portada. En discreto color anaranjado oscuro, el artista ha interpretado una de las escenas que discurren por el libro. En primer plano, y jinete en caballo encabritado, un hombre dispara su pistola sobre otro que no ostenta en su diestra otra arma que una guitarra. La escena ocurre frente a una casa rústica y a un palmar que sirve de fondo al cuadro. Arriba, en caracteres grandes, se lee: LA HEREDAD. Al pie, en tipo de letra más pequeño, el nombre del autor: *Marcos Carías Reyes*.

La ilustración sugiere el contenido del libro: una novela. Pero su lectura deja en el espíritu del lector la impresión de haber asistido a algo más que a las típicas, sugerentes y románticas escenas de una novela costumbrista en el escenario montañoso de la tierra hondureña, y a aquellas otras trazadas con singular vigor en la pintura de episodios épicos de la guerra civil.

En *La heredad* hay páginas enteras en las que se advierte cómo la imaginación del novelista ha cedido paso al ensayista, quizás mejor, al polemista de gran estilo que maneja la dialéctica de combate con la misma maestría que la imagen poética, comunicando a su estilo una vivacidad cálida e impresionante.

Desde luego, las páginas que parecen arrancadas de un libro de ensayo polémico, el autor de *La heredad* las pone en el pensamiento y en los labios de algunos de los protagonistas, particularmente en los de Alonso Blanco, "El Pensador", cuyo verbo juvenil expresa en frases ardidadas de emoción el dolor de su tierra depauperada por la política que deriva de la anarquía al caudillismo y en perpetuo estado de demagogia revolucionaria, a causa de las ambiciones y las intrigas de políticos —doctores amorales y generales analfabetos— que han hecho del arte de la política un medio de vida de fácil enriquecimiento.

Sin embargo de este contenido oratorio, *La heredad* no es un ensayo polémico presentado en forma de novela. Por su contenido, por su factura, por su técnica y por la emoción y el interés dramático que cautiva la atención del lector capítulo tras capítulo, página tras página, este libro es una novela, y una magnífica novela entre las novelas que han aparecido recientemente en el mercado literario de la América Latina.

Hay unidad orgánica en su argumento. Al comenzar la lectura, el lector asiste a escenas de vida campesina que parecen desglosadas de un

libro anecdótico costumbrista. Pero a poco se advierte el vigor del argumento en unidad de fondo y de cómo el autor ha logrado cabalmente el enlace de los más disímiles cuadros que presenta. Al final se comprende que si nada falta, nada tampoco está de más en el argumento de *La heredad*, novela hondureña que, por su contenido y su factura, responde íntegramente a la novelística moderna hispanoamericana.

Su autor, Marcos Carías Reyes, novelista centroamericano poco conocido en el mercado de las librerías que sólo exhiben obras editadas por las editoriales de Buenos Aires, Santiago de Chile y México, es sin duda alguna un novelista de éxito para los grandes tirajes.

El argumento, original y sencillo en sus lineamientos esenciales, se presta a un desarrollo en profundidad y amplitud, tal como ha sabido explotarlo hábilmente su autor. De una parte la figura central del hombre que, en ruda lucha con las fuerzas de la naturaleza, vence la tierra, la fecunda con el sudor de sus músculos y, al tiempo que crea su propia riqueza, es uno de los muy contados que contribuyen al progreso, a la civilización y a la cultura del país. Frente a éste el capitalista leguleyo, enriquecido al margen de la ley, en conflicto de intereses materiales y, a su hora —como consecuencia de sus vidas que se desplazan con objetivos y direcciones opuestas—, en lucha de carácter político con el hombre de esfuerzo creador. Uno y otro —don Salvador Andino se llama el primero; Cipriano López el otro— están hechos con la arcilla de América indohispana. Se mueven en un escenario típico del trópico americano y actúan con reacciones elementales que provienen del medio geográfico, del ambiente moral y de los más remotos ancestros de sus razas aclimatadas en suelo de América.

Aparte de estas dos figuras centrales de la novela, uno de los personajes mejor logrados es Juan García, el muchacho campesino indolente y vagabundo que permite que la broza invada los campos cultivados, que se pierdan los sembradíos y se destartale la casa de la finca, herencia de sus padres, y sacudiendo de sus plantas el polvo de la tierra pródiga se va en busca de una vida de fácil, rápido y fructífero enriquecimiento.

Juan García es un ejemplar de esta América nuestra de contextura moral y política aún informe. Rudo, valiente y poco menos que analfabeto, sale de la cárcel donde cumple condena por delito común, mediante un acto de traición contra los mismos que le pusieron un rifle en la mano. Se convierte en revolucionario y éste es el inicio de su carrera . . . soldado, coronel, general y caudillo bárbaro. Sin que él mismo supiera, antes ni después de culminada su carrera militar, por qué ni por quién pelea,

a no ser por el impulso primario que le empuja y para su propio y único objetivo: deseo de riqueza y ambición de mando. Juan García perece como un bravo, con la bravura de un corajudo animal de garra. Pero esto no le salva a él de su valor negativo en el plano moral, ni menos a su patria hondureña destrozada en los horrores de una cruenta lucha fratricida.

Es la voluntad constructiva y creadora de Salvador Andino la que vence al tan brutal como valiente general García e inicia la obra titánica de organizar el país y poner la nación en marcha hacia un mejor destino.

Tal es, en brevísima síntesis, el contenido de *La heredad*. De su segunda edición, editada en Tegucigalpa, circulan ejemplares entre escritores e intelectuales de América. Libro de personalidad y relieve que, además de ofrecer al lector sugestivas escenas de colorido tropical hondureño, se ha hecho sobre la sólida base de un argumento ejemplarizador y convincente.

GERARDO GALLEGOS,
La Habana.

OTTO D'SOLA, *El viajero mortal*.—Caracas, 1943.

Profundos movimientos del alma son los versos de Otto D'Sola. Formas del corazón y de la magia. Llamas del afán. Existencia secreta de la maravilla. Experiencia. Huella del hombre.

Por fe en la poesía, por genuina actitud estética, por cuidadoso acendramiento, ha logrado colocarse en medio de lo esencial, en las zonas donde nos realizamos por participación, ahí donde se evidencia un vuelo puro de lo lírico.

Su lenguaje es maduro y logra transmitir destellos, visiones, paisajes del alma, con variaciones de luces y penumbras, en un juego de transparentes colores, de imágenes simbólicas, de iluminaciones creadoras.

En la poesía de Otto D'Sola interviene el hombre con lo más puro de sí mismo. La nostalgia en sus poemas posee como una atmósfera de luna "que lentamente suelta flores del Paraíso". El dolor adquiere la forma de un ángel pensativo.

Es un poeta inclinado hacia la tristeza, cuya aparición se hizo en su mundo cuando "muchas lámparas ardían sobre el césped de plata". Y la tristeza ha golpeado las puertas de su vida, para acercarlo más y más a